CUENTO N° 132

TÍTULO: AMANTES DE LUNA LLENA

SEUDÓNIMO: MOCHILERO

AMANTES DE LUNA LLENA Mochilero

La casa estaba a orillas del caudaloso Calle - Calle. Era la única de ese costado junto al terraplén del Puente Las Ánimas en Valdivia. Esa noche, que primero fue tan oscura, poco a poco se fue iluminando con la aparición de una luna que brillante y solemne fue elevándose por el horizonte de cerros y bosques. Don Juan, ese hombre inmenso y diáfano como las aguas del propio rio, nos había invitado a cenar. Era la última noche que compartiríamos con él y su familia, y este acontecimiento de haber tenido durante cinco días alojados a tres jóvenes mochileros, merecía – según su parecer – el sacrificio de dos o tres patos, que, puestos en el horno de la inmensa cocina a leña, inundaban la acogedora casa de madera con su exquisito aroma y el de las especias campesinas de su adobo.

Nos habíamos conocido sólo hacía unos días, cuando inútilmente buscábamos que alguien nos permitiera pasar la noche en algún lugar. El último camionero que nos recogiera nos había dejado en las cercanías del puente y nuestras piernas ya no podían seguir soportando nuestro cuerpo cargados con las pesadas mochilas. Entonces, cuando ya estábamos vencidos por el cansancio y el hambre, fue que descubrimos aquel pequeño kiosco, apenas visible en medio de la maraña de hierbas y arbustos de la ribera. Fue su modesto aspecto de maderas despintadas y sin la típica publicidad de este tipo de negocios lo que nos hizo pensar que talvez pudiera estar vacío y por tanto era posible que su dueño nos lo permitiera ocupar, al menos para pasar la noche.

- Pregunten en esa casa – nos había dicho alguien.

Era casi medianoche cuando ese inmenso hombre a medio vestir, emergió en el vano de la puerta de aquella casa próxima al kiosco.

- El piso está lleno de aserrín – dijo tratando de persuadirnos, luego de escuchar nuestra petición que casi era una súplica.

- No importa, señor - dijo guatón Carlos, sólo nos interesa dormir bajo techo.

Al parecer no era la primera vez que descendían al lugar paseantes sin un mapa ni un trazado de ruta. Al hombre esta vez le era difícil mantener sus argumentos y la tardanza de una respuesta definitiva creo que era sólo por el pudor y la insólita culpabilidad de sentir que el lugar no estaba preparado para este tipo de requerimientos. Finalmente, casi confundido con nuestra atosigadora verborrea santiaguina nos dijo:
- Bien, voy a buscar la llave.

Cuando se dio vuelta cruzamos nuestras miradas gozosas, plenas de satisfacción. y al cabo de un rato estábamos instalados y nos disponíamos a servirnos nuestra elemental merienda de sopa, alguna conserva de pescado o marisco y café, sobre el mesón del kiosco, iluminados por una vela que nuestro anfitrión nos facilitara.

Al día siguiente no sabíamos si eran las ruidosas aves ribereñas o los golpes en la puerta lo que nos había despertado. Era él. Allí estaba don Juan, con su camisa a cuadros y su cordial y acogedora sonrisa, portando en una mano una jarra con leche caliente y en la otra media docena de unos inmensos panes amasados recién salidos del horno, envueltos en un albo paño de saco quintalero.

- ¿Y?, ¿cómo amanecieron?... - fue todo su comentario y desapareció por el sendero que llevaba hasta su casa.
Cuando casi al medio día lo buscamos para despedirnos, emocionado, nos presentó a su familia, para luego hacernos prometer que pasaríamos de vuelta.

Sé que durante aquel par de kilómetros que caminamos en silencio y

cabizbajo mientras esperábamos que alguien nos llevara, ni Carlos, Édison ni yo podíamos dejar de pensar en la gratuidad de los gestos de ese hombre del cual habíamos conocido su singular espíritu.

Durante los días siguientes descubrimos que al menos había dos motivaciones para pasar de vuelta. Aprovechar el ofrecimiento de alojamiento era uno y el otro lograr alguna aproximación a su preciosa hija, que a cuál más o cual menos, nos había impresionado profundamente. Había algo intrigante que no se reducía tan sólo a aquella bella y larga cabellera, casi cobriza, ni tampoco a esos inmensos ojos verdes, o la delicadeza de sus gestos.
Concluimos en la vaguedad de “un no sé qué”.

Por lo tanto, diez días después estábamos de nuevo rogando al conductor del camión que nos recogiera se detuviera en las cercanías del Puente del Río CALLE – CALLE para ser nuevamente sus huéspedes o mejor dicho los súbditos de Aurora, la joven, pues a esa altura ya la habíamos convertido en princesa.

Aquella noche la cena resultó realmente memorable. Y no tan sólo porque fuese la única comida decente en aquellos quince o veinte días que había durado ya nuestro viaje, sino por lo exquisito de su preparación y el esmero con que fuimos atendidos. Eso, en nuestra mentalidad citadina, resultaba totalmente inexplicable.

Era cierto que si bien durante los cinco días que había durado esta vez nuestra estadía habíamos hecho lo imposible por agradar, ayudando en todo lo que pudiéramos, ofreciéndonos para ir de compras, administrar el arriendo de botes del dueño de casa o sencillamente jugando con el pequeño Juanito cuya candidez, inocencia y agudeza de los sentidos no dejaba de impresionarnos.
Sin embargo, las atenciones que recibíamos eran realmente de otro calibre.

Aquella noche, pese a que Aurora se adueñó de todas nuestras miradas, fue su padre quien después de la cena se convirtió en el centro de nuestra atención. La conversación recuerdo que fue iniciada con un comentario de alguno de nosotros respecto del reflejo de la luna sobre el río – maravillosa escena que lográbamos divisar desde las ventanas de la casa - que recostaba su inmensa luminosidad sobre las tranquilas aguas del Calle -Calle y la tupida vegetación de sus riberas.

- Estas son las noches peligrosas – dijo doña Gladys la señora de la casa, destruyendo en parte nuestro incipiente y rústico afán de romantizar.

Si bien ella era una mujer de pocas palabras, lo que decía siempre era contundente.

- ¿Por qué? – preguntó alguno de nosotros

- En estas noches de luna llena hay gente que le da por suicidarse lanzándose al río – respondió casi despreocupadamente mientras terminaba de recoger la mesa.

En un gesto incomprensible nos acercamos a la ventana para observar el inmenso puente que cruza el río.

- Es terrible – añadió Aurora, cuyos viajes a dejar cosas a la cocina no le impedían seguir la conversación – mi papá ha tenido que sacar a varias personas; ¿no es cierto papá?

El hombre asintió moviendo solamente la cabeza, quizás preocupado por estar comprometido con hechos tan dramáticos.

La consternación con que volvimos a la mesa, obligó a nuestros anfitriones a continuar conversando sobre el tema.

- A mí también me tocó ayudar el año pasado – dijo Aurora, que ahora agregaba a sus atributos naturales la gracia y el frescor de su relato.

- Se trataba de una pareja de amantes – interrumpió doña Gladys.

Don Juan observaba la escena de verdadera tertulia antigua, mientras recorría con sus enormes manos la cabeza y el cuello de su hijo que de pie entre sus piernas jugaba un solitario con el naipe, sin dejar de poner atención al relato.

- Él tenía 18 o 19 años, ella era mayor, estaba casada y tenía dos niños… se mataban porque era un amor imposible…ya casi todo el mundo lo sabía …claro que todo eso supimos nosotros después.

La voz y la imagen de Aurora llenaban ahora toda la habitación. Sólo para ella existían nuestros sentidos. Ni la radio en la otra pieza ni el ruido de los vehículos en la carretera, lograba penetrarnos los oídos.

- Se lanzaron amarrados con un alambre de púas para que ninguno de los dos pudiera zafarse. Sí, con alambre de púas – reafirmó, ante nuestros ojos incrédulos – ella comenzó a gritar antes de lanzarse. Mi papá se despertó se levantó y se metió en un bote hasta el lugar en donde se habían dejado caer desde el puente. Después cuando vio que se hundían se tiró al agua para sacarlos.

- Muéstrale la mano, papá – dijo Juanito que ya había tomado la inmensa mano de su padre para posarla sobre la mesa, con la palma hacia arriba.

- La línea de la vida – dijo el hombre mostrándonos una gruesa cicatriz que cruzaba toda su mano derecha.

- La mujer no cesaba de gritar porque al final se arrepintió de lo que estaba haciendo…a lo mejor porque pensó en ese momento en sus hijos. En cambio, el joven hacía fuerza para sumergir los dos

cuerpos. Mientras ella gritaba y aleteaba para mantenerse a flote como fuese.

Nuestro expectante silencio pareció permitir a Aurora recordar nuevos detalles de aquellos sucesos que habían logrado conmovernos profundamente.

- Yo estaba en la orilla cuando mi papá llegó casi muerto nadando y tirándolos del alambre…venían los dos cuerpos amarrados, llenos de barro y de sangre. Como si hubieran estado luchando. Ella gritaba como una loca… ¡No te mueras, mi amor, porque yo no puedo morir! Y no paraba de golpearlo para hacerlo revivir – Aurora representaba la escena sin ningún tipo de histrionismo. La carga dramática de la narración era suficiente.
- ¿Qué pasó entonces? – se atrevió a preguntar alguno de nosotros.
- Ella vivió, pero él se murió.
- Se mató – se apresuró a corregir doña Gladys – Juan dice que es la única persona, de todas las que ha socorrido, que nunca luchó por vivir. Por eso yo creo que le costó tanto sacarlo.

Al día siguiente después de una larga y sentida despedida, colmada de la emoción tanto de los anfitriones como de nosotros los viajantes, nos instalamos en la carretera para “hacer dedo” a alguien que viniera hacia nuestro siguiente destino. Pese a que este era en dirección contraria al puente, no pudimos dejar de detenernos para cubrirlo con nuestras asombradas miradas. La enorme y deslavada construcción nada trasuntaba de todas las tragedias que el destino cada cierto tiempo le obligaba a protagonizar.